

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 peseta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 rs. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 145.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 257.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París Mr. A. Lorelle, 14, rue Reaumur; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Barba, Rudolf Mosse, Journalisten-Strasse, 48-49.—La correspondencia al Administrador

EL EDICTO

Cuento simbólico

Cuando llega á vuestras manos el periódico local, modesto y un poco monótono, como reflejo fiel de nuestra vida provinciana, y pasáis la vista por sus hojas, buscando el telegrama ó la cortesana noticia que os habla de otros mundos y de otras vidas, saltan, seguramente, á vuestros ojos, unos galeries de prosa amazotada que con un título serio y rotundo, *Edicto*, os producen una curiosidad pavorosa. Por un instante fijáis vuestra atención y lentamente empezáis á leer una relación prolija, hecha por un juez que anuncia al público, concienzudamente, como se valoran y como se venden los restos de una casa ó los restos de un comercio que naufragaron en la vida comercial de vuestro pueblo.

Pensáis en el nombre escrito al empezar el *Edicto*, pensáis en la tienda donde quizás algún día comprasteis, y adivináis con lástima el calvario que ocultan los renglones de aquella prosa despiadada y fría.

Leéis: la casa, el huerto, un reloj, unos sillones: todo está allí, la casa con sus recodos, el huerto donde corrieron los hijos, los sillones, amigos en horas de tristeza ó en horas de ocio el reloj que marcaba las horas implacables del último plazo... Todo se cotiza, todo se vende, todo tiene precio, todo es aprovechable en los restos de una vida deshecha.

¿No sabéis el origen de estas penas? ¿No sabéis porque un día y otro día, se repiten los Edictos y se cierran las tiendas y se arruinan los comercios? ¿No sabéis por qué las gentes de toga, corren presurosas, unas veces buscando el modo de tirar el lazo que aprisiona y otras veces tratando de cortar el nudo que amenaza? ¿No habéis querido nunca penetrar en el secreto?

Pues bien; yo os contaré la causa, con un cuento, un cuento sencillo, compendio de la historia de un pueblo que murió de sed; un pueblo que estaba entre rocas, que tenía un valle y que besaba el mar.

Erase un pueblo pobre; no tenía más bienes que sus huertas, sus huertas que tendidas en el valle esperaban el esfuerzo de todos los brazos para hacerse hermosas y para hacerse grandes.

Llegaba el agua al valle de dos balsas: una grande y potente, otra más chica, medianera á la grande, pero fuerte y limpia, y ambas vertían en los cauces el agua, el agua clara y fresca que bajaba corriendo hasta encontrar el campo que regaba.

Como circula la sangre por las venas, circulaba el agua en las acequias; caminaba de las grandes, á buscar las pequeñas, y por el valle se extendía como una red de plata, que llegaba á todos, al banal del pobre y á la hacienda del rico.

Las balsas se surtían de un manantial lejano que nacía en las cumbres más altas de la sierra, y un día, un vecino ENVIDIOSO, porque á su huerto no llegaba toda el agua que soñó su codicia, se propuso cegar el manantial á piedra y todo, y acumulando fango cegó tanto, que las balsas se quedaron en seco y (os cauces vacíos, tendidos en el valle como un esqueleto parecía un símbolo de la muerte que también llega á todos, á la huerta del pobre y á la hacienda del rico.

Y la sequía siguió siniestra, la tierra se puso blanca, los huertos se cubrieron de polvo y los árboles abrasados y secos parecían que con sus ramas desnudas imploraban la venganza y el agua de los cielos.

Atriba en las cumbres más altas de la sierra contempla su obra el vecino envidioso; su tez es amarilla y sus manos, siempre entre el fango, esperan un nuevo veneno para cegar y entonces sonrío con un mueca siniestra: es la satisfacción del mal que también sirve para llenar un alma.

Victimas honradas de la prosa seca del Edicto, tenéis las simpatías y el afecto de los que leemos vuestros nombres, puestos en el potro del tormento. Vuestros dolores y vuestras penas llegan á nosotros y con vuestras lágrimas hacemos un collar de perlas que ofrecemos respetuosamente al cacique amarillo. Él sabrá seguramente por qué se lo ofrecemos.

M. N. P.

Quando se recibió la noticia de que se instalaría en Cartagena la Escuela de Administración Naval, dijo el Cacique Amarillo: "Yo he sido el primero en pedirla y mio es el éxito."

Hoy que según parece no hay buenas impresiones, dice el Amarillo Cacique: "El Alcalde está en ridiculo." ¡Imbécil!

FLORES MUSTIAS

Estas que fueron pompa y alegría, despertando el furor de «La Mañana» mueren en brazos de «La Tierra» fría y son de «El Porvenir» burla galana. «La República» miralás ufana, de «La Opinión» alientan la ironía, y en «El Eco» triunfal de la jauría las reputa un Lebrer «Lastima Vana». Mas ¡ay! que el Radical y la Tribuna, la España libre, el Girasol y el Coco ensalzan á José de Cartagena.

¡Pobres perros que ladrán á la luna! ¡Flores marchitas del jardín de un loco! ¡Regadas por Lerroux, nueva sirena!

¡Triste es la vida, cuando piensa el alma ¡Triste es vivir, si siente el corazón! ¡Aquí, para medrar, en santa calma, es preciso curarse la aprensión!

En el fondo del mar, nació la perla; en la alta roca, la violeta azul; Lacierva en la comarca de tus sueños; y en Babilonia, tú,

CARO.

Sin confirmación

Madrid 7-9 m

Por los círculos políticos viene desde anoche circulando una noticia sensacional.

Se refiere á la ocupación de Arzila por las tropas españolas.

El rumor no ha podido confirmarse por conducto autorizado.

El señor Barroso ha manifestado que ni en el Ministerio de Estado, ni en el de la Guerra, se ha recibido confirmación á dicho rumor. Despierta gran interés el asunto.

Parlanchinerías

Desde que nuestro único Diputado expectoró en el Congreso, no hay quien aguante á los bloquistas.

De cualquier cosa que se trate, dicen ellos muy ufanos: «No faltará quien se ocupe de eso en el Congreso».

Y el Cacique Amarillo, como le llaman sus íntimos, vá á sudar tinta china de escribir, para poder complacer á sus admiradores.

En cuanto suelte el choro en el Congreso... ¡Anegados!

«Ocurre un conflicto en el Chalet bloquista, vulgo cárcel de San Antón?»

Pues cantine'a al canto: «No faltará...»

¿Le dán dos tortas á un bloquista, por morral y desvergonzado?

Pues todos repiten el cuento: «No faltará...»

¿Hay huelgas en las minas? «No faltará...»

Y así por el estilo, todo lo esperan de la lengua del joven Diputado. ¡Se le vá á irritar de tanto usarla!

Hoy, con el descanso en que la ha tenido durante dos años, se la comerían sus adeptos, como plato sibirico.

«Lengua viperina á la escarlata», titularían ese delicioso plato.

Y se darían la lengua, unos á otros diciendo:

¡Dámela, aunque me inocule!

Pero si hoy está apropiado pá los gatos, es decir para los bloquistas, después del sobo que quieren que le dé en el Congreso, servirá solo para un Museo Natural.

Será un curioso ejemplar. ¡El alacrán diseccionado!

Ahora nos amenaza «La Tierra» con que el ex-tiempo vá á tomar parte en el debate sobre administración judicial.

Y vá á hablar mal (en esto no cambia nunca) de los tribunales de justicia.

Y de los encargados de administrarla.

Vaya; que no quiere perder la costumbre. ¡Hablar mal de todo el mundo!

Lo que no le aplaudimos es que hable mal del Tribunal Industrial.

Un tribunalito... bloquista.

Unos jurados... bloquistas.

¡Y unas sentencias... bloquistas!

Tres colmos en un solo disparate.

¿Por qué anunciará el Cacique Amarillo que vá á hablar mal de los encargados de administrar justicia? ¿Quedrá algo?

Meditemos.

Quando quería algo de los contratistas del Alcantarillado, *alcantari-lleras* seguras.

Quando necesitaba luz de los contratistas de la casa consistorial, amenaza de *revisión de las obras*.

Y cuando se le acaba un filón, vá en busca de otro y de aquí «El gas es malo». «El agua es mala y poca»; etcétera.

¿Necesitará alguna cosa de los encargados de administrar justicia?

Las señas son mortales.

¿Amenaza?

¿Pues pide dinero... ó cosa que lo valga.

Salud y pesetas

En «La Tierra» de hoy se dice que se concederán 800.000 pesetas para la crisis que, á consecuencia de la sequía, padecen las provincias de Murcia, Almería y Alicante.

Y dice el Cacique Amarillo:

«Sea para el Sr. Garcia Vaso la personal satisfacción de haber pedido primero».

Y si despues no llega nada ó llega poco á nuestros sedientos campos de esa pequeña lluvia benéfica oficial, dirá el Cacique Amarillo:

«La Cierva está en ridiculo» ¡Imbécil!

La comida de las fieras...

Los etcéteras, hambrientos «famélicos, en este ayuno forzoso» en que nos tiene la moralidad del Cacique Amarillo nos hemos reunido para celebrar la compra de la casa, que pensamos convertir en la solariega mansión de los etcéteras. Como ya no hay alcantarillas, como la Bastilla municipal se ha convertido en el templo de la austeridad, los etcéteras que vivimos del cemento de las credenciales, de los pleitos y de los chanchullos, nos hemos decidido POR UN DIA, á comer de nuestra cuenta...

Hemos brindado los 94 etcéteras uno á uno, 94 discursos pero todos iguales ¡qué lata! Viva el cacique Amarillo. Viva el judío amarillo. Viva el pentágono victorioso. Viva...

Después del banquete nos han hecho una fotografía que ponemos á disposición de los AMIGOS del bloque para evitarles dudas...

Adelante etcéteras que los triunfos son nuestros, con tal de que nos dediquemos los 94 á desmascarar regeneradores de pega.

Tribuna libre

Del pleito electoral

Compás de espera

Mi querido Veritas:

Las palabras, amigo Veritas, tienen un valor muy relativo. Su significado, su intención y su intensidad, dependen de muchas circunstancias: de la persona que las emplea, de aquella á quien se dirigen; hasta del lugar que ocupan en la oración gramatical.

Tú, tratando de mortificarme en tu habilísimo y chispeante artículo, me aplicas, cariñosamente agresivo y en tono humorístico despectivo, el mote de *bloquista*. Ese calificativo, salido de tu pluma, lleva una dosis enorme de mala intención. Has buscado un vocablo con que zaherirme; no encon-

Henry.—Bastante peor que su señoría es evidente.
Presidente.—¿De dónde procedían los recursos de usted? Se lo pregunto una vez más.
Acusado.—Repito que no quiero decirlo.
El quinquillero, dueño de la tienda donde Henry compró la marmita, dice que no recuerda haberle vendido al acusado, pero éste ha descrito con exactitud el establecimiento, y que el precio también es exacto.
Defensor.—¿Se puede entrar fácilmente en la tienda?
Testigo.—Todo el mundo puede entrar, y seguramente que Henry habrá entrado.
El comerciante de productos químicos corroboró en su declaración lo dicho por Henry, á propósito de la compra del clorato de potasa.
Pablo Vicille, ingeniero de pólvoras y salitres.—He examinado los trozos de la bomba de la calle de Bons-Enfants, y he encontrado partes correspondientes á una marmita.
Explica luego la composición de mezcla detonante, y declara que las explicaciones dadas por Henry son muy exactas.
Presidente.—Las observaciones que ha hecho usted, concuerdan con las declaraciones de Henry?

Fiscal.—¿La fabricación de la bomba, podía dejarse huélfas en la habitación?
Perito.—No; puede muy bien operarse sin dejar rastro.
Bodanete, ingeniero constructor.—No conocía al padre de Henry. La madre me pidió que le facilitase la toma de la posesión de un inmueble que la pertenecía.
Henry entró en mi casa el año 89. Trabaja bien y con deseos de prosperar. Le proporcioné colocación y le daba cien francos mensuales. Se preocupaba en serlopor los negocios. Le envié á Venecia para que vigilara los trabajos que yo tenía á mi cargo, y tuve la intención de conservarle á mi lado para asegurarme un porvenir. En Venecia entabló relaciones con varios sujetos y me dejó bruscamente, pretestando que no quería entregarse á una vigilancia necesaria y que no tenía nada de oculto.
Defensor.—Al practicarse una diligencia del sumario, ¿abrazó usted al acusado?
Testigo.—Estando ante el juez de instrucción, me arrojó á mi cuello y me abrazó.
Vicieur, negociante.—Henry me fué recomendado por una persona de toda mi confianza. No teniendo empleo que darle, creé uno para él, á insinuas, y después de hacerme cargo de su inteli-

que alguien le ayudó á cerrarla. Era muy difícil que pudiera hacerlo una sola persona.
M. Girard tomó una de las mimitas que reproducen y explica páficamente sus afirmaciones.
Perito.—Henry ha declarado haber pesado ocho kilogramos de pólvora clorato; era un volumen de tamaño grande; pero ha añadido que mezcló más intimamente los productos, logrando así colocarlos en la marmita, era exacto. Repito que si ciertamente ha contribuido á la confección de la bomba, no ha podido hacerlo solo. Además, puso 20 cartuchos de dinamita, ¿dónde los ha tomado?
Acusado (con viveza).—Proceden de una fábrica burguesa.
Defensor.—¿Las bombas del café Términus, y la de la calle de Bons-Enfants, eran iguales?
Perito.—No, señor.
Defensor.—¿Cual de las dos efectos más peligroso para Henry?
Perito.—Las dos; la una al encenderla, la otra al confeccionarla.
Acusado.—Un cerrajero ha declarado que un solo hombre podía cernar la marmita.
Perito.—Quando está vacía, desde luego; pero cuando está cargada, ya es otra cosa.